

la gente xuchilmica gran número y demas deso valerosa, érales necesario el reparo. Aperceuidos ya todos y las cosas necesarias, *Tlaccael* hiço reseña de su gente en un lugar que llaman *Teyacac*, y escogiendo la gente que mejor le pareció de los mas valerosos soldados y mas dispuestos, y á estos hiço una plática: señores y valerosos soldados: LES DIJO, toda la nacion xuchimilca está contra nosotros, que en su comparacion y número somos casi nada: no os espante la multitud: esfuerzo es y ánimo el que hace al caso: aueis de saber que nuestros enemigos están muy cerca de aquí, en un lugar que se dice *Ocolco*, y allí a de ser la batalla; por tanto, mexicanos, celebrá vuestro nombre como soleis. Ellos todos con alegría y esfuerzo respondieron estar aparejados á morir ó vencer, y luego empezaron á marchar muy en orden, ordenadas sus ilerás, siguiendo cada ilera á su capitán.

Llegados á vista de los enemigos, haciendo alto los xuchimilcas, alçaron gran alarido y vocería, diciendo: vení, vení, mexicanos, que vuestro fin es llegado; los quales era tanto el número dellos, que cubrian los llanos, y era tanta la riqueza, que en las armas y devisas y en las rodela's tenian el oro, joyas, piedras y plumas, que relumbrando con el sol, hacian gran resplandor con los rayos que dellas salia, con tantas diferencias de armas verdes, açules, coloradas, amarillas, negras, finalmente, de todas colores, quera contento vellos. Los mexicanos, acercándose á ellos, les dixeron: oh desventurados xuchimilcas; pobres de vosotros y de vuestras mugeres y hijos, ¿quién os engañó á venir á este lugar donde perdereis muy en breve el brio y gallardía y esa vana fantasía que trais y aueis de ser nuestros tributarios y terrazgueros! y diciendo estas palabras empezaron á disparar muchas varas arrojadiças y flechas, y fué con tanta furia y priesa que cubrian el sol, y fué tanta la vocería que juntamente levantaron, que undian los valles; de SUERTE que á poco de rato los de xuchimilco empezaron á desamparar el llano y á voluer atras, aunque poco á poco, dándoles gran ánimo y esfuerzo sus capitanes que les hacian tener el pié quedo; pero viniendo á las espadas y rodela's, los mexicanos, diestros y animosos en aquel menester, rompiendo por los escuadrones de Xuchimilco, los empezaron á llevar poco á poco hasta un lugar que llaman Xochite-

pec: ganado este cerrillo, subiósse en él *Tlaccael* y empeçó á decir á grandes voces, rodeando la espada y la rodela: ea, mis valerosos mexicanos, que la vitoria es nuestra; no os fatigueis mucho: poco á poco mueran, mueran, y sean destruidos los que, sin devérselo, nos an querido destruir. Y baxando del cerrillo á todo correr, poniéndose delante de su gente, que ya andaba cansada, empeçó á hacer marauillas, derrivando á quantos delante topaua, con lo qual los mexicanos, animados, y los xuchimilcas atemorizados, se empezaron á recoger á una cerca ó aluarrada que para defen'sa de su ciudad tenian hecha, y poniéndose tras la cerca y por algunas troneras que en ella tenian, hacian gran daño á los mexicanos; pero ellos arremetieron á la cerca y con las meşmas espadas, palos y coas le empezaron á hacer grandes portillos y á echalla por el suelo.

Visto por los señores de Xuchimilco que de fuerza la ciudad auia de ser saqueda, si en ello no se proueyese, pues ya la cerca toda estaua por el suelo y la defen'sa era poca, á causa que los que la defendian la auian desamparado la mayor parte dellos, y los mexicanos hacian gran destroço y matança, salieron los señores, como e dicho, y sin armas y las manos cruçadas, haciendo grandes ademanes y cerimonias, se postraron en presencia de todo el ejército diciendo: mexicanos y señores nuestros: veisnos aquí los que alguna culpa tenemos de vuestro enojo y trauajo y pesadumbre: executá en nosotros vuestra ira y furor y no permitais que los viejos y los niños perezcan, ni la ciudad sea saqueada ni destruyda: ya aueis vengado vuestro corazon: abaxá vuestros brazos y espadas: echá por el suelo vuestras rodela's y descansá: mirá lo que quereis, que aquí sereis servidos: de oy mas son vuestros los montes y collados, las aguas y fuentes, tierras y llanos de donde sale toda la riqueza desta ciudad, piedra pesada y liviana, madera y leña, todo está á vuestro seruicio: aplacá vuestros coraçones, pues mientras mas de nosotros hiciéredes,¹ menos, menos vasallos terneys que os siruan: descansá, mexicanos, y no aya mas contienda, que vosotros nos aueis vencido en buena guerra. Los mexicanos, para mas amedrentallos, respondieron que no querian sus promesas ni auian

¹ Probablemente—"hirióredes," esto es—"cuantos mas de nosotros hiriéreis, menos, etc."

menester su piedra ni madera, que muertos ellos y borrado su nombre de la tierra, ellos harían á su voluntad, y que todo quedaua por suyo y que ellos poblarian aquella ciudad: y leuando el alarido otra vez, tornaron á leuantar las armas para los herir, diciendo mueran los traydores; no quede hombre á uida. Los xuchimilcas tornaron á humillarse y á rogar cesase la contienda y pelea, considerando la hambre de los soldados y deseo que de saquear la ciudad tenian, diciendo: ¿qué es lo que pretendéis, señores nuestros? Valerosos mexicanos; si buscáis tierras para el sustento de vuestras personas, aquí os las daremos muchas y muy buenas; aquí os iremos á seruir á vuestras casas y daremos agua manos y todo lo que uviéredes menester, y os edificaremos vuestras casas, y á donde fuéredes y caminarédes y caminos que anduviéredes, os yremos siruiendo y os lleuaremos vuestras cargas, y si fuéredes á las guerras os proueremos de vituallas para ellas, y de todo lo necesario de armas y bastimentos y os ayudaremos con gente; en fin, os seremos sujetos hasta la muerte. *Tlacaélel*, mandando que todos baxasen las armas, viendo á los enemigos rendidos, mandó que cesase la contienda, y todos, sin entrar en la ciudad, diesen vuelta á la ciudad de México.

Los soldados, con pesadumbre y enojo, no mostrando buen rostro á lo que les era mandado, empezaron á dar vuelta á la ciudad de México, quejándose no auelles dado licencia para el saco, como en las demas ciudades se les auia dado, conociendo ser Xuchimilco de las ricas ciudades de la tierra y donde ellos podian henchir las manos muy á placer: en fin, *Tlacaélel* les prometió dalles satisfecho¹ de lo que allí perdian; pero vuelto á los de Xuchimilco les mandó que luego, sin mas tardar, mandasen á todos los de la ciudad hiciesen una calçada de tres braças en ancho desde su pueblo hasta la ciudad de México, de piedra y tierra, cegasen el agua quel término desta calçada tomase, y hiciesen sus puentes á trechos para que el agua tuviese por donde salir de una parte á otra. Los xuchimilcas baxaron la caueça y luego dieron mandato por toda la nacion xuchimilca, ques gran poblacion y trecho de tierra el que

¹ Compensacion.

ocupó, pues corre mas de veinte leguas hasta un pueblo que se dice Tuchimilco, y por otro nombre, Ocopetlayucan. Oyda la voz acudió toda esta nacion á hacer la calçada, que hoy en dia se anda de la ciudad de México á Xuchimilco.

CAPÍTULO XIII.¹

De cómo despues de hecha la calçada por los xuchimilcas y tepanecas mandó el rey Itzcoatl de México ir á repartir las tierras de Xuchimilco.

Luego que los de Xuchimilco fueron vencidos y ellos sujetos á la corona real de México, como arriba diximos, fuéles mandado hiciesen aquella ancha calçada que va de la ciudad de México á la ciudad de Xuchimilco, para lo qual rogaron á los de Cuyuacan les ayudasen á la hacer, al menos lo que tocaba á sus pertenencias, los quales sin mas réplica los concedieron la ayuda y así lo hicieron, pues hicieron todo lo que tocaba á su pertenencia. El modo de hacella fué sobre mucha cantidad de estacas, piedra y tierra sacada de la mesma laguna como céspedes: hecha esta ancha calçada, no tardando en ello muchos dias por la innumerable gente que en ella andaua, mandó llamar *Itzcoatl* ante sí á *Tlacaélel*, y díxole *Tlacaélel*: ya la calçada que mandaste hacer á los xuchimilcas está hecha y la an hecho de buena voluntad; lo que agora resta es que los señores mexicanos vayan á goçar de lo que con el sudor de su rostro y con el trauajo de sus manos ganaron y con el esfuerzo de su coraçon, y es mi voluntad que tú vayas en persona, con dos de los de mi consejo, y despues de dexar contentos á todos los principales y señores hermanos míos y tuyos, y que despues de auellos dado á quatrocientas baras² á cada uno, pues no uvo saco ni robo de que los soldados se suelen hacer pago de su trauajo,

¹ Véase la lámina 6^a, part. 1^a

² Así nuestra copia y seguramente en la que le sirvió de original; mas es muy probable que en este dijera "braças" por ser esta la medida agraria que he visto en algunos documentos anteriores á la conquista, y porque los mexicanos no conocian nuestra vara de medir.